

ew32

Inolvidable (*)



Escribidora:
LINA ORBE R.
(Yurimaguas, 1940)

¿Quién es esa señora de blancos cabellos cortitos que camina apuradita, apoyándose solo cuando el peso de los años la domina, y que conquista por su jovialidad, su deliciosa sazón en la cocina y su sonrisa?

Se levanta muy temprano y no para hasta la noche. Tienen que obligarla a descansar, aunque reclama, porque no le gusta perder tiempo. Si se trata de ir al mercado, allá va con su carrito de compras. Todos los domingos va a misa caminando varias cuadras. En la iglesia del barrio conocen a esa señora chiquitita que lleva sus canciones en una grabadora. Es increíble su memoria para las recetas de cocina: sólo una vez escucha el programa de Gastón y ya su mano diestra repite los detalles con sabores inéditos.

Es un prodigio de energía. El vecindario todavía recuerda cuando salvó a un niño de meses a punto de asfixiarse con la papilla. Bajando a trancazos la escalera, arrebató al niño de los brazos de la madre que estaba al borde del desmayo, y, como la más experta enfermera le insufló aire y vida a los pulmones.

Con 83 años a cuestras, los achaques ni problemas la han vencido, no ha olvidado los ritmos y bailes de sus tiempos, es la más entusiasta cuando se trata de armar una jarana.

Su memoria prodigiosa guarda los mínimos detalles y nombres de tantas anécdotas de su lejano Iquitos para repetirlos en noches de tertulia: historias de caucheros, de viajes por los ríos de la selva con su padre, un español que escapó de la guerra...

Atrás, muy atrás, un amor se esconde en esa cabecita blanca. Recuerdo de renunciadas, de decisiones que pudieron ser equivocadas, pero inapelables. Suspiros que seguramente se mezclan con las cuentas del rosario que sus dedos desgranar diariamente, cuando reza por todos sus muchos sobrinos (verdaderos y postizos), quienes le regalan imágenes religiosas y de santos de distintas partes del mundo.



Ella reemplaza la juventud por entusiasmo y disfruta con las cosas pequeñas de la vida, nunca tuvo hijos, pero ha criado a tres generaciones de sobrinos con el mismo solícito cuidado que una verdadera madre.

Esa señora de blancos cabellos cortitos es latía Angelita. Imposible confundirla, cuando Dios la hizo, rompió el molde.